Capítulo 1

Una luz en la memoria y el horror

Recuerdo siendo muy chica aún y si la memoria no me falla (algo maltrecha y difusa en algunos pasajes de mi vida, en cambio tan fresca y lozana, para un reguero sin fin de momentos únicos y pletóricos), la calidez y el amor que se respiraba en aquella casa, la mía.

Apenas despuntaba el astro rey, colándose este por la ventana, e inundaba con su luz mi pelo alborotado, aún en la almohada. Con el trinar de los primeros pajarillos matutinos, desprendiéndome de los brazos de Morfeo y despertando mi consciencia, ya saltaba del pequeño y viejo catre que compartía con mi hermana María (la mayor de las tres féminas y bastante mayor que yo, que en ese momento era la pequeña la pequeña y última de mis seis hermanos, Ana, aún por nacer) y corría cual chiquilla que era, a la ventana, llena de alborozo y alegría, ante la perspectiva de un nuevo, radiante y hermoso día, con sus horas infinitas para jugar en la calle. O mejor dicho para salir al campo, ya que vivíamos en la pedanía de un pequeño pueblo, tocando a este.

La familia, a excepción mi madre, aún dormía. Ella era una mujer de mediana estatura, morena y unos ojos color avellana llenos de amor. De paciencia infinita para con sus siete diablillos, nosotros, deambulaba ya por la cocina trajinando y trabajando en el desayuno de su prole. Emanaban de allí y se repartían por toda la casa, una infinidad de aromas: canela de las galletas, vainilla de las tortitas de trigo y sobre todo café, siendo éste el aroma predominante a casi cualquier hora del día.

La mayoría de los días coincidía con mi padre en el desayuno, excepto en los que me rezagaba algo más que de costumbre, cuando no había colegio o estábamos de vacaciones. Era algo que detestaba porque no me podía despedir con el acostumbrado beso. Presto a marcharse a por el jornal del día, tan escaso a veces o inexistente otras, para él nunca faltaba el beso de despedida y el de bienvenida, una vez terminado el día. La vida, desde sus hombros, era simplemente espléndida. Sensación que no volví a sentir en el devenir de esta.

Son los primeros recuerdos, los de la primera infancia, los que nos hacen conscientes de lo que nos rodea: la naturaleza, las personas, los sentimientos y, en definitiva, el mundo que habitamos. Son los que se graban en la memoria y los que guardo como un tesoro, pues son una parte importante de nosotros mismos y sin ellos seríamos como un cuenco vacío. Y en esos días de verano, inmensos y largos, la existencia transcurría apacible y feliz. Llena de planes para mis hermanos y para mí.

Los chicos mayores; Javier, Juan y Nacho tenían los suyos propios. Ya no jugaban con los pequeños. Pepe, el último de mis hermanos y menor que yo, al que estaba unida casi como si fuésemos gemelos, a pesar de ser algo más de año y medio menor que yo, siempre jugábamos cerca de casa. Por ser los más pequeños mi madre no nos dejaba alejarnos demasiado y siempre estábamos bajo el amparo de su mirada de halcón, siempre atenta a nuestros pasos.

Mi hermana María ayudaba en los quehaceres de la casa, a menudo enfurruñada con nosotros, los peques por pisar el suelo recién fregado, con lo que nos ganábamos algún exabrupto por su parte y alguna que otra colleja, cuando mi madre no miraba.

Recuerdo un día en que ella tuvo que salir, dejándonos a su cuidado y le hicimos una trastada a María: ella estaba encalando las paredes del patio y nosotros echamos todo el paquete de azulete (colorante azul para la cal que se utilizaba para encalar o blanquear los patios andaluces) en la cubeta que usaba para ponerlo, estropeando toda la mezcla preparada previamente por ella. No es que fuese una trastada muy grande, pero sí lo bastante como para desatar su furia, pues nos agarró con las manos en la masa y cogiéndonos de un puñado por el pelo a cada uno con ambas manos (no sé de dónde sacaría tanta fuerza), nos levantó del suelo. Nuestros pies ya no tocaron este durante unos segundos, tiempo que a nosotros nos pareció una eternidad, por lo mucho que dolía el tirón de pelo.

—¿Qué estáis haciendo par de diablos? — increpó María.

—¡Solo queríamos ayudarte María! — Contesté yo, mientras me retorcía de dolor, intentando zafarme.

—¡Déjame! ¡suéltame… o se lo diré a mamá! — gritaba Pepe mientras intentaba propinarle alguna patada a María para que lo soltase.

—No seas estúpido, mamá no está y me tenéis que obedecer a mí — sentenció María, intentando imponer su autoridad por ser la hermana mayor y por habernos dejado a su cuidado.

—Si, pero vendrá y le contaremos que nos has tirado del pelo — contesté yo lloriqueando, pues ya dolía demasiado.

—¡Desapareced de mi vista! ¡No quiero veros por aquí en lo que queda de día!¡Ah, y nada de salir! — María nos despachó con urgencia enérgica y nos castigó sin salir de casa.

Salimos corriendo cuando nos soltó y fuimos a escondernos a nuestro “rincón del escondite”, por si decidía emprenderla de nuevo con nosotros. Yo no paraba de

hipar y de tocarme la cabeza, a buen seguro me arrancó algún mechón y Pepe estaba airado, muy enfadado y no dejaba de insultarla e increparla desde nuestro escondite (la parte inferior de la amplia alacena que había en la cocina, entre orzas de "manteca colorá" y chorizos de la matanza.

—¡Cállate, Pepe! O nos encontrará y nos volverá a pillar del pelo — dije mientras aún gimoteaba.

A ella le pareció una reprimenda sin importancia a juzgar por tamaña canallada, pero a nosotros, que aún hoy, después de varias décadas lo recordamos con meridiana claridad, nos pareció tan excesivo que aprendimos que con María no cabían bromas y tampoco abrazos.

María era la primera de las hijas mujeres, pero la segunda en la progenie de mis padres y, cómo ya he dicho, tenía un carácter algo agriado. Quizá porque siempre tuvo que lidiar con la incomprensión que le provocaba ser diferente, aunque no para nosotros para quienes siempre fue una más del rebaño, porque lo era. María nació con labio leporino, algo que le acarreó una lactancia difícil y largas temporadas en hospitales tras varias operaciones quirúrgicas. Acompañada de nuestra madre, ambas pasaban largas temporadas fuera de casa.

Cuando esto sucedía y se iban de nuevo al hospital, era mi abuela materna, quien tenía un carácter explosivo, pero que amainaba pronto, la que cuidaba de todos; grandes y pequeños con el mejor talante y mucho cariño.

Ya creciditas, María era algo chinchosa, le gustaba hacerme rabiar y en las noches, cuando nos íbamos a la cama que compartíamos, me contaba cuentos de miedo para asustarme y no era de extrañar que yo, bastante más pequeña que ella, rompiera en llanto obligando a mi madre a hacer una visita a nuestra habitación, con el consiguiente regaño a María por hacerme llorar.

—¡Uuuhhhh! Cuidado con lo que hay debajo de la cama… — me susurraba María al oído, cuando mi madre se marchaba.

En cuanto se iba, volvía a chincharme y a empujarme hasta el filo de la desvencijada y hundida cama que teníamos. Ella era gordita y pesaba mucho más que yo, así que el colchón cedía con su peso y hacía un hoyo en la parte que ocupaba ella, formando una inclinación hasta el travesaño de la cama, sitio destinado a mí por mi peso pluma, que me iba resbalando por la pendiente, hasta el agujero, cayendo encima de ella. Para colmo era una chica que se quitaba las pulgas de encima a pellizcos. Debido a eso, yo tenía que hacer verdaderos equilibrios para mantenerme encima de aquel travesaño que formaba uno de los laterales de la vieja cama, de la cabeza a los pies. Si de mayor me hubiese dedicado al mundo del circo, sin duda hubiese sido equilibrista.

En cuanto me dormía, me iba resbalando hasta el centro de nuevo y así sucesivamente, en una espiral repetitiva: travesaño, deslizamiento, caída en el hoyo, pellizco y vuelta otra vez al filo de la cama. Muchas noches me caía al suelo y así

pasaba la noche, hasta que el frío me despertaba y, al darme cuenta de que no estaba en la cama, mis gritos despertaban a toda la casa, por el miedo que suponía estar fuera de la comodidad y protección de la cama, pues para las niñas como yo, los monstruos habitaban debajo de ella… o eso me contaba María.

El día que mis padres cambiaron aquella reliquia por dos camas individuales, fue el mejor de mi corta existencia. Pues María y yo decidimos saltar fuerte de pie encima de la cama, con la esperanza de que se rompiera y finalmente tuviesen que deshacerse de aquel instrumento de tortura.

Mi padre se dedicaba a su cometido: ganar el pan de su clan y ayudar a la abuela en nuestro cuidado.

Era costumbre entre los jornaleros reunirse en la puerta del único bar del pueblo al atardecer y esperar a que los eligieran para echar el jornal del día venidero, algo eventual. Venían los manijeros de los cortijos adyacentes, seleccionaban a dedo a los hombres que les parecían mejor para echar la peonada del día siguiente, todo por un exiguo jornal, sin contrato ni derechos laborales, no como hoy (aunque cada vez sean menos los que ya disfrutamos).

Era por lo que venía muchas tardes sombrío y cabizbajo, sumido en sus pensamientos y preocupado por la falta de jornal. Mi madre lo reconfortaba siempre, diciéndole que no se preocupara, que mañana sería mejor y aún se apañaba con lo poco que le quedaba en la alacena.

—No te preocupes Nené — ella lo llamó por el apelativo cariñoso que usaba cuando hablaba con él. — Mañana será otro día, ya lo verás…

Mi padre, era hijo de un maestro republicano que luchó para defender al Gobierno legítimo de su país y pasó la mayor parte de su vida encarcelado en las mazmorras franquistas, pues no era bien visto por los terratenientes del lugar por ser hijo de rojos y de buena parte de obreros traidores a su clase.

Así fue como mi padre se convirtió en temporero en el extranjero, más concretamente en Francia. Allí pasaba largas temporadas fuera de casa, venía unos días; a lo sumo un par de meses y se volvía a ir. Y así, año tras año, hasta su jubilación o prejubilación, ya que enfermó cuatro años antes del período que marca la ley para tan ansiado descanso, con la consiguiente merma en su pensión, sumamente corta para vivir dignamente el resto de sus días (que fueron pocos).

* * * * * * * *

Tan vívido como si fuera hoy, recuerdo una de esas mañanas radiantes a finales de verano, en la que mi padre volvió a casa después de la temporada estival. Llevábamos varios meses sin verle, ni hablar con él.

Antes no había teléfonos móviles como hoy y la telefonía fija estaba destinada a las familias más pudientes, a veces ni eso; había una centralita en el pueblo, que se utilizaba para lo estrictamente esencial ya que era un gasto superfluo y caro para la mayoría de las familias. Mi padre llamaba a mi madre alguna vez que otra, previa conferencia, casi siempre por motivos de suma importancia, otras sólo para tener noticias de su familia, también importante cuando se está lejos de los seres queridos.

Y esa mañana en la que mi padre vino, se convirtió en un día de fiesta. La alegría por su vuelta fluía a borbotones en todos, hasta en su suegra, mi abuela, con la que mi progenitor mantenía una relación más que cordial, pese a que la madre de su mujer no se lo ponía siempre fácil. Esta circunstancia que venía de una vieja rencilla, pues mi abuela llevaba algo mal el hecho de que su primogénita se casara con un mozo lleno de controversias en el pueblo, por ser hijo de una familia no alienada y de las más azotadas por el régimen imperante.

Una cualidad o, más bien, un defecto de las gentes que comulgaban con el mismo, fruto de la ignorancia y sobre todo del miedo que reinaba en todo su apogeo, aún fresca en la memoria, las atrocidades cometidas contra aquellos que eran enemigos del nacionalcatolicismo.

La familia de mi padre era considerada roja y no sin motivos. Pues mi abuelo, después de pasar largo tiempo escondido en los bosques con los maquis, una vez terminada la contienda (no así la guerra, porque hubo un reguero de muertos durante cuarenta años más, que duró el régimen hasta la muerte del dictador e incluso en los primeros años de la Transición), fue apresado y pasó varios años a la sombra; se le conmutó la pena de muerte que pesaba sobre él en aquellos “juicios sumarísimos” que hacían gala de lo que aún estaba por venir, por la gracia de un familiar lejano bien posicionado y afecto al régimen, que tuvo a bien apiadarse de él, evitando que lo fusilaran como a tantos otros.

Nunca más pudo ejercer su profesión por haber sido maestro en la República y porque tras varios años de cárcel y enfermo de tuberculosis y algunas afecciones más, salió de su encierro, hecho poco menos que un desecho. Tanto física, como socialmente era considerado un apestado y su único delito fue no traicionar al Gobierno legítimo de su país refrendado por el pueblo en las urnas. Fuera del sistema operante se ganó la vida malamente, como muchos otros que no pudieron exiliarse y escaparon por fortuna de un pelotón de fusilamiento. Se arruinaron muchas vidas y otras perecieron en el olvido (me embarga una dolorosa emoción relatar este siniestro pasaje en la historia de nuestro país y de mi familia).

Mi padre nos relató, en las pocas ocasiones en que se atrevió, lo sucedido en la guerra. Cosas que había vivido él mismo en el pueblo y otras que le contó su padre. Vio como sacaban a las mujeres de algunos rojos de sus casas, como las maltrataban y denigraban. Se acordaba concretamente de una noche: estando ya durmiendo, le despertaron los golpes en la puerta de la casa, siendo él pequeño, apenas diez años. Algunos hombres del pueblo, armados con fusiles entraron a la fuerza, tirando la puerta abajo y tras romper el poco mobiliario que tenían, se llevaron a empujones a

su madre que estaba en camisón. Nos contó que no fue hasta la mañana siguiente, cuando esta volvió a su casa, desaliñada, sucia, con el camisón roto y llena de magulladuras. Se abrazó a él y así pasaron un buen rato llorando. Mi abuela no le contó nada de lo sucedido esa noche, aunque él intuía lo que pasó, algo a lo que ningún niño debería enfrentarse. Ese día, su madre estuvo en la cama con hemorragia y dolores, tras perder los mellizos que llevaba.

—¡Francisco!¡Ven y acércate, hijo! Tienes que prometerme que no dirás nunca nada de esto, ni siquiera a tu padre. ¿Lo harás? — mi abuela le hizo guardar el secreto.

—Sí madre, no diré nada.

Ella le hizo prometer que no hablaría con nadie de aquello, ni siquiera con su padre. De aquellas mi abuelo ya estaba en el frente y se ahorró presenciar una acción tan ignominiosa como aquella que, de haber estado, a buen seguro le hubiese costado la vida.

Tiempo después, en una de las pocas veces que mi abuelo pudo ver otra vez a su familia, antes de tirarse al monte, les contó las barbaridades y mutilaciones que presenció. Los amigos y camaradas que perdió. También el día que fusilaron a Federico, cuando la noticia corrió como la pólvora entre las trincheras, influenciando en el ánimo de la tropa.

No me puedo imaginar, lo que debió ser una noche como aquella, para un niño que vio como raptaban a su madre. Las horas de incertidumbre y miedo, solo en casa y conmocionado, se le debieron hacer eternas en medio de aquel infierno. Ni tampoco suponer el horror al que fue sometida mi abuela. No puedo imaginar siquiera, lo que pasaría por su mente. El sufrimiento por su hijo solo, ante esas circunstancias, el no saber si lo volvería a ver, si saldría con vida de allí, mientras aguantaba las violaciones y torturas de aquellos monstruos. Que durante años la habían saludado con cortesía y ahora la denigraban y golpeaban como perros de jauría, en una noche que le quedaría en la memoria para los restos.

Mi abuela tuvo más suerte que otras que, tras sufrir los abusos y torturas, sufrieron el escarnio público, para después ser encarceladas y fusiladas.

En otros tiempos, mi abuelo daba algunas clases a la chiquillería obrera a cambio de algún cesto de patatas, cebollas o algún artículo que estas familias, hundidas también en la miseria, tuviesen a bien darle a modo de trueque ya que la palabra limosna suena fatal. La mayoría de las veces daba clases de balde, ya que muchos no tenían ni lo esencial y a mi abuelo lo mantenía vivo su pasión por la docencia.

Hasta que, pasados pocos años de su salida de la cárcel, sus dolencias ya no le dieron más tregua y faltando pocos días para el fatal desenlace, casi medio inconsciente ya, el cura del pueblo, gran amigo suyo, logró su propósito de casarlo, con el fin de que a mi abuela le quedase la viudedad, aunque de poco le sirvió.

Mi abuelo quiso que lo enterraran con la bandera de la República, se lo había pedido al cura y a su familia, antes de enfermar de gravedad. En dictadura, cosa inviable del todo. Pero el cura, fiel a la amistad que tenía con mi abuelo, logró cumplir su último deseo. En la iglesia y en el cortejo fúnebre no pudo ponerle la bandera encima del ataúd, temeroso de miradas indiscretas, pero una vez en el cementerio, al abrigo de las tapias y con solo la familia y algún amigo íntimo que conservaba, allí presentes, se la pusieron cumpliendo su deseo. Aunque no dejaba de ser un riesgo.

Mi padre nos contaba, ya de mayores, ese episodio de su vida con orgullo hacia su padre con lágrimas de emoción. Mi abuela, sin embargo, nunca hablaba de ello. Siempre me llamó la atención que mi abuelo, ateo como era, trabara amistad con un ministro de Dios. Con el tiempo he aprendido a diferenciar a algunos de estos ministros con más humanidad, aunque de estos hay pocos verdaderamente.

Fue ella, mi abuela Felisa la que logró sacar hacia adelante su hogar, un marido enfermo y dos hijos; los únicos que seguían vivos de los doce que tuvo, pues diez tuvo que enterrar por enfermedades que los niños de la época no superaban, por la falta de vacunación casi siempre y otras por el hambre que generó la guerra. Ella nos contaba como murió el hijo de una prima suya, de inanición. Decía que murió pidiendo pan. Mi abuela salía al campo a recoger el grano que quedaba de las cosechas de cereal, una vez recogidas. Escarbando entre la tierra y la maleza seca, para encontrar algo que le sirviera para echar en la cazuela. Otras veces no tenía tanta suerte y recogía hierbas, como hinojo y otras plantas, hasta raíces llevó para cocer y matar el hambre. Una existencia dura, porque a eso no se le podía llamar vida. También iba en las noches, al abrigo de la oscuridad, junto con otros muchos en las mismas circunstancias que ella, al contrabando de algún producto de los que no había dentro de nuestras fronteras y se vendía ilegalmente. Contaba que andaban más de cien o ciento cincuenta kilómetros muchas veces, para llegar al punto de recogida y volver hasta dónde tenían que entregar la mercancía que llevaban, en un saco grande a la espalda. Les pagaban algo por el porte, no mucho, pero era lo único que ayudaba a comprar algo de comida, siempre escasa. Eran mulas de carga propiamente dicho, estraperlistas. En eso convirtieron a los supervivientes de la guerra, a los que no mataron.

Verdaderamente hay razones de sobra para no perdonar una afrenta semejante, a quienes la provocaron. El dictador y los que apoyaron y participaron en el golpe que provocó tanta muerte, hambruna y otras barbaries, que se les ocurriera cometer contra la población, pues desataron el infierno en la tierra, concretamente en esa grande y libre, la de las flechas y el aguilucho.

Acontecimientos, todos ellos, que la sumieron gran parte de su vida en una constante y profunda depresión, que la alejó de la realidad muchas veces y la trastornó hasta el fin de sus días.

Un merecido reconocimiento a una gran mujer, que supo obrar en consecuencia y velar por su familia en detrimento de la propia vida. Buena parte de ésta y sus últimos años los pasó casi recluida, apartada de la familia por dictamen de los demonios que habitaban su mente, fruto de tanto sufrimiento.

No me hallaba muy unida a ella por la falta de roce y cuando lo había, no era muy reconfortante tampoco. Pues estaba muchas veces desorientada e ida, que casi no nos reconocía. En alguna ocasión nos hizo daño, no físico, pues no era violenta, pero si moral, aunque no sabía ni lo que hacía muchas veces. Recuerdo que, siendo yo muy chica aun, me peleaba con las niñas por disputarme su cariño. Pues era mi abuela y no la de ellas, que así la llamaban, pero eran ellas las que recibían un beso, mientras a mí me despachaba como si no me conociera.

—¡Es mi abuela y me quiere mucho! — decía Maribel, una de las niñas con las que mantenía mi particular disputa.

—¡No es verdad! ¡Es la mía! Tú ya tienes otra…

—Toma Maribel ¡Para ti! — le dijo mi abuela, dándole un caramelo y un beso en la mejilla, tras lo cual se dio la vuelta y se alejó, ignorándome del todo.

Maribel me miraba con ojos retadores y llena de satisfacción, ante lo que consideraba una victoria y yo me tenía que comer la rabia, antes de que esta me devorara por completo, ante tamaño desprecio por parte de mi abuela.

Podía ser muy cruel, sobre todo para una niña tan pequeña que tampoco entendía bien lo que pasaba y el porqué de su comportamiento. Más de una vez llegué a casa llorando por el berrinche. Cuando fui más mayor, comprendí su comportamiento, pero hasta entonces, sentía un resquemor hacia ella.

Aun así, el día que la perdimos lo sentí como un mazazo. Me encontré de bruces con la muerte. La primera experiencia cercana a esta que mi joven e inocente discernir tenía. Me pasé el día hipando y llorando ante una situación, que sencillamente no entendía.

Mi padre, que le encontró el suceso trabajando en el país vecino y mi tío Manuel, único hermano suyo y avisados con un triste y escueto telegrama por mi madre, emprendieron el viaje hacia su tierra, para darle el último adiós a su progenitora y darle sepultura junto al gran amor de su vida, mi abuelo, muerto años atrás.

Nunca conocí una mujer que le profesara tanto amor y devoción a su pareja, que rozaba la obsesión. Nunca dejó de hablar de él en presente, como si aún estuviese vivo. Se olvidó muchas veces de nosotros, pero de él, nunca.

El reencuentro con nuestro padre y su hermano fue emotivo y algo dramático. Distinto y lejano ya de los anteriores. Distaba mucho del vivido aquella mañana de verano, que se quedó grabada en mi memoria, como uno de los mejores recuerdos a los que acudir en tiempos de zozobra.

Los ojos de mi padre, vidriosos por las lágrimas, se me clavaron como espinas; era la primera vez que le veía llorar y eso causó un gran impacto en mí. Hizo que me diera cuenta de la gravedad del momento ante algo irreversible y contundente, como es la muerte. Lección importante que me llenó de dolor e hizo que naciera en mí una comprensión, hasta ese momento desconocida, por el dolor ajeno.